José Joven. «Arco negro», 1988.

JOSE JOVEN Y EL ELOGIO DE LA INELOCUENCIA

JUAN MANUEL BONET

Galería Emilio Navarro. General Arrando, 5. Hasta finales de enero.

POCAS semanas antes de que se inaugurara la muestra de *José Joven* (Sabiñán, Zaragoza, 1959), vi un cuadro suyo en el certamen de Las Rozas. El cuadro era violento y desmañado, de una expresividad casi sauresca. No me fijé entonces en si era reciente o antiguo. Aguantaba junto a sus rivales, que es lo importante en un premio.

La exposición de *Joven* no es que esté bien; es que está muy bien. Lo único que no entiendo es la política del pintor, que unas semanas antes de hacer su primera individual, saca a la luz una obra que, ahora lo tengo claro, es muy anterior y bastante inferior, y lo hace en un certamen donde, en cambio, los demás —*Oscar Seco, Rosa María Rubio, Trinidad Irisarri, Miguel Angel Molina,* entre otros nombre emergentes— mandan obra de ahora mismo, obra que les define e identifica.

Ese paso de un arte bronco a otro contenido —aunque bajo esa contención latan, eso está claro, las mismas tensiones— ha sido en cualquier caso, y de ello habla *Miguel Fernández-Cid* en el catálogo, beneficioso para la pintura de *Joven*. Como el de muchos de sus coetáneos, y pienso en *Sicilia* —a todos los demás se les nota *Sicilia*—, en *Tocornal,* en *Rosa Brun,* en *Sotomayor,* en *Castrortega,* en *Darío Basso,* incluso, aunque el de *Basso* sea un mundo más complejo, el proyecto en el que se ha embarcado *Joven* es atractivo porque trata de conciliar cosas antagónicas: la materia y la geometría, el blanco y el negro, la expresividad y esa inelocuencia —todo lo contrario del cuadro de Las Rozas—, en la que *Berenson* veía uno de los ideales a alcanzar por el gran arte.

Tanto los cuadros como las miniaturas tienen un aire común de vestigios arqueológicos, de piezas rescatadas del derrumbamiento de un templo de grandes dimensiones.

A la sensación de imprecisa antigüedad secular contribuye decisivamente el tipo de «*cocina*» que practica *Joven: «aguaplast»,* polvo de mármol, carboncillo, cera, lo que haga falta para lograr una hermosa superficie. Más la descripción «*técnica*» puede inducir a error. *Joven* no se queda en eso, no se pierde en artesanías. Su pintura en ese sentido resulta lo suficientemente despojada y autónoma para evitar que nos sentamos agobiados por la perfección técnica sobre la que se fundamenta.

La blancura total, rota tan sólo por los contrapuntos negros —el centro en cera oscura de «*Arco negro*»—, crea un ámbito propicio para meditar. A ras de suelo tal vez, como parece sugerirlo el montaje exageradamente bajo. Cierta mística, sí, termina abriéndose paso aquí, algo que nada tiene de extraño si sabemos que entre los pintores preferidos de *Joven* están *Beuys* y *Malevich.* Refuerza esa idea una cita de *Hans-Georg Gadamer,* incluida en el catálogo: «*En la obra de arte se experimenta una verdad que no se alcanza por otros caminos.*»

Una buena exposición, insisto. La primera de *Joven,* por cierto, y a una edad no prematura —los treinta—, que indica que es pintor capaz de refrenar la impaciencia.